

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XI.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lorea, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 498.

MURCIA 5 DE NOVIEMBRE DE 1899

La Juventud Literaria

PALIQUE

Se engañan miserablemente los que crean y afirman que el romanticismo ha muerto. El romanticismo vive y quizás más desarrollado que en aquellos tiempos de capa y espada, de raptos y tragedias, de dueñas enlutadas y de Venus vaporosas; porque el romanticismo es «el alimento de las almas sensibles, de las imaginaciones fogosas, de los corazones tiernos y delicados» como en *arrebatares* momentos de elocuencia dice una vecinita mía, lectora causante y constante de Pérez Escrich.

Y como es un alimento de almas, de imaginaciones y de corazoncitos de *mazapan*, y todavía hay por el mundo seres que reúnen esas tres cosas *confeccionadas ad hoc*, de aquí el que el romanticismo tenga aun fieles adoradores, capaces de tomarse una caja de fósforos disueltos en ambrosia, ó de tirarse de cualquier promontorio á falta de roca Tarpeya auténtica.

El modernismo lo ha trastornado todo, lo ha revuelto todo; desde el cielo del arte á la suciedad de la cocina; pero no ha logrado por completo la total extinción de ese tiranuelo de ojos lánguidos y pálidas mejillas, que se pasa las horas muertas, arraucando notas planideras á la descantada lira en las orillas del cristalino lago que la luna platea; entre los juncos tembladores que acaricia el cefirillo perfumado, mientras piensa que la hermosa dueña de sus pensamientos está al lado del astro de la noche envuelta en tules azulados, ornada con finísimos encajes de pliegues inimitables, que ya forman cascada de imperceptibles hilos; ya curvaturas delicadas.

Ese tiranuelo escuálido con el que las almas sensibles se dan banquetes, según el decir de mi vecina, vive aun, y vive como antes, ó quizás con más imperio que antes; á pesar de las exigencias del siglo, que con sus luces y prosismos no ha conseguido otra cosa, que hacerle enmudecer aparentemente por temor á la sátira y al escarnio.

¿Pero qué necesidad tiene él de hacerse oír de otros seres que no sean fáciles á las tentaciones del amor exagerado que predicán la languidez de sus ojos, la palidez de sus mejillas, las notas lloronas de su instrumento? Ninguna y por eso calla avasallando como antes, con más prudencia y mejor tono que antes.

Hay quien esto conoce y detesta del romanticismo, rompiendo en denuestos contra él, temeroso sin duda de sus perjudiciales resultados.

Yo por el contrario defiendiendo con mi vecina en cuestión ese todo del «arte de amar» sin el cual la vida sería insoponible.

El romanticismo en el amor es lo que la luna en el cielo, lo que el perfume en la flor, lo que el aire en los pulmones: una necesidad de primer orden.

Porque amor que no sea romántico, que no hable de la argentada luz del astro de la noche, del «juncos temblador» que sombrea la orilla «del riachuelo que murmura entre prados de flores» no es amor. Puede ser cuando más un engendro de la conveniencia que ambiciona ó un deseo de la materia siempre repugnante.

Nadie querrá compararme á la joven, fría, reflexiva, calculadora, que no hace otra cosa que hablarnos de economías y órdenes domésticos; no viendo en el amor rendido que tiene delante de sí más que al futuro porvenir de su estómago, al mantenedor de sus caprichos para el mañana, con la niña delicada, toda fuego, toda sensibilidad, toda ternura, que en la entreabierta ventana suspira ó sonríe, canta ó llora pendiente de las palabras que bajo, muy bajo murmura en sus oídos el apuesto doncel de blanca camisa y nardo en el ojal de la bien confeccionada americana.

La primera representa con sus cálculos de hacendosa, la materia fría, la carne que nada dice, á pesar de sus cincelados contornos. La segunda el alma con sus arrobamientos místicos, con sus anhelos santos.

De aquí el que debemos cooperar á que no se extinga la raza de las Julietas, de las Margaritas y de las Ineses para que se convierta el suelo en paraíso á los Romeos, Faustos ó Juanes que andan por ahí amando á salto de mata.

De este modo contribuiremos á que no decaiga la escuela del amor, á trueque de fugas y envenenamientos.

Que siga el joven de la mirada lánguida pulsando el melodioso laúd en la orilla del lago cristalino, sin acordarse del cocido clásico y sus hedores... clásicos también; mientras la Venus de formas moldeadas, envuelta en tules transparentes, recorre sola deshojando flores las solitarias alamedas del bosque umbrío sin acordarse de la molesta aguja y sus pinchazos... molestos también.

VICENTE MUÑOZ GONZALEZ.



GLORIAS MURCIANAS

I

Murcia es un jardín de flores, al que el cielo dotar quiso, de tan ricos esplendores que al contemplar sus primores se recuerda el paraíso.

Es un valle delicioso donde, en sempiterno Abril, junto al rosas oloroso crece el naranjo pomposo y la palmera gentil.

De sus fuentes al acento, lleno de notas silvestres, unen en grato contento sus armonías el viento y sus canciones las aves.

El corazón se extasia y en olas de paz se anega viendo henchido de alegría la hermosura y la poesía de su cielo y de su vega.

Murcia en hechizos rebosa y nadie habrá que me arguya sin decir mi pluma osa ¡que la primer gloria suya es la de ser tan hermosa!

II

Pero no es solo admirada por sus naturales dones; si es por todos venerada es por ser cuna sagrada de cien ilustres varones.

Con ellos se enorgullece y en el libro de su Historia vida eterna les ofrece; ¡alto premio que merece todo el que alcanza la gloria!

Abierto ese libro está, donde siempre el genio, abrigo contra el tiempo encontrará; para leer me lo dá; venid y leed conmigo!

En sus páginas destella con el reflejo gallardo que lanza fulgida estrella, el nombre del gran Fajardo, que entre los sabios descuella.

Junto á él, modesto y sencillo, pero envuelto en resplandor que deslumbra por su brillo, está el insigne Salzillo, el inmortal escultor.

De fuego la mente llena y ceñida por glorioso lauren la frente serena se vé á Romea, el coloso más grande de nuestra escena.

Con destellos inmortales diáfana luz ilumina á Clamenén y á Cascales, y al buen Polo de Medina, que derramó tantas sales.

Luchando por su memoria que al olvido los arranca, por doquier dice su gloria que son honra de la Historia Selgas y Floridablanca.

De su fama bajo el peso y en la frente el genio impreso, está de rosas orlado el gran Villacis, y al lado Ruipérez y Valdivieso.

Todos por su gran valía, con otros mil que pregona también la fama á porfía de la hermosa patria mía forman la inmortal corona.

De Murcia brillo al blasón dan con su gloria esplendente, y como sus hijos son por todos mi patria siente la misma veneración.

III

¡Oh Murcia jardín de flores, al que el cielo dotar quiso de tan ricos esplendores! ¡Por tus eternos primores pareces un paraíso!

Debes orgullosa estar, porque Dios desde su asiento te bendice sin cesar, pues de las rasas al par en ti florece el talento.

Mas á tus timbres de honor por los que admirada eres aún falta un nuevo esplendor; ¡la gloria de tus mugeres, que no es tu gloria menor!

J. TOLOSA HERNANDEZ



CARTA DE UN LABRADOR

A UN EXCELSO PATRONO

«San Isidro: ex labrador de este desdichado suelo. Gloria única.—Quinto cielo de la derecha.—Interior.

Caro Isidro: En tí confío, y á tí mi acento levanto: ¡ni la paciencia de un santo me basta ya, Santo mío!

